

Capitulo XI. De la estraña auentura que le sucedio al valeroso don Quixote con el carro, o carreta de las cortes de la muerte.

PEnfatiuo à demas yua don Quixote por su camino adelante, cõsiderando la mala burla q̄ le auia hecho los encantadores, bolniendo a su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaua, que remedio tendria para boluerla à su ser primero, y estos pensamientos le lleuauan tan fuera de si, que sin sentirlo, soltò las riendas a rozinante, el qual sintiendo la libertad que se le daua, a cada paso se detenia, a paecer la verde yerua, de que aquellos campos abundauan, de su embelesamiento le bolnio Sancho Pança, diziendole: Señor, las tristezas no le hizieron para las bestias, sino para los hombres: pero si los hombres las sientẽ demasido se bueluen bestias, v. m. se reporte y buelua en si, y coja las riendas a rozinante, y auie y despierte, y muestre aquella gallardia que conuiene que tengan los Caualleros Andantes. Que diablos es esto? O ue descaecimiento es este? Estamos aqui, o en Francia? Mas que se lleue Satanas a quãtas Dulcineas ay en el mundo, pues vale mas la salud de vn solo Cauallero Andante, que todos los encantos y transformaciones de la tierra.. Calla Sancho, respondió don Quixote con voz no muy desmayada, calla digo, y no digas b. semias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desuentura yo solo tengo la culpa: de la inuidia que me tienen los malos ha nacido su mala andança. Afsi lo digo yo, respondió Sancho quien la vido, y la vee agora, qual es el coraçon q̄ no llora. Esto puedes tu dezir biẽ Sãcho, replicò don Quixote, pues la viste en la entereza caual de su hermosura, que el encanto no se estendio a turbarte la vista, ni a encubrirte su belleza, cõtra mí solo, y contra mis ojos se endereza la fuerça de su

Segunda parte de don

veneno. Mas con todo esto he caído Sancho en vna cosa, y es, que me pintaste mal la hermosura, porque, si mal no me acuerdo, dixiste que tenia los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, antes son de besugo que de dama, y a lo que yo creo los de Dulcinea deuen ser de verdes. El meraldas rasgados con dos celestiales arcos que les sirven de cejas. Y estas perlas quitadas de los ojos, y pasadas a los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, respondió Sancho, porque tambien me turbó a mi la hermosura como a vuestra merced su fealdad: pero en comendemos lo todo a Dios, que el es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lagrimas, en este mal mundo que tenemos, donde a penas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y vellaqueria. De vna cosa me pesa, señor mio, mas que de otras, que es pensar, que medio se ha de tener, quando vuestra merced vença à algun Gigante, ó otro Cavallero, y le mande, que se vaya a presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea, adonde la ha de hallar este pobre Gigante, ó este pobre y misero Cavallero vencido. Pareceme que los veo andar por el Toboso hechos vnos banfanes buscando a mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle no la conoceran mas que a mi padre. Quiça Sancho, respondió don Quixote, no se esfiendiera el encantamento a quitar el conocimiento de Dulcinea a los vencidos y presentados Gigantes y Cavalleros, y en vno, ó dos de los primeros q yo vença, y le embre, haremos la experiencia, si la ven, ó no, mandandoles q bucluan a darme relación de lo que acerca desto les huviere sucedido. Digo señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que vuestra merced ha dicho, y que con este artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos, y si es q esta a solo vuestra merced se encubre, la desgracia mas sera de vuestra merced que suya: pero como la señora Dulci-

Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos auendremos, y lo passaremos lo mejor q̄ pudieremos, buscando nuestras aventuras, y dexando al tiempo que haga de las suyas, que el es el mejor medico destas, y de otras mayores enfermedades. **Responder queria don Quixote a Sancho Pança**: pero estoruoselo vna carreta q̄ salio al traves del camino cargada de los mas diuersos y estraños personages y figuras, que pudieron imaginarse. El que guiaua las mulas y seruia de carretero era vn feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni çarço. La primera figura que se ofrecio a los ojos de don Quixote, fue la de la misma muerte, con rostro humano, junto a ella venia vn Angel con vnas grandes y pintadas alas. Al vn lado estaua vn Emperador con vna corona, al parecer de oro en la cabeça. A los pies de la muerte estaua el dios q̄ llaman Cupido, sin venda en los ojos: pero con su arco, carcax y saetas. Venia tambien vn Cauallero armado de punta en blanco, excepto que no traia morrión, ni celada, sino vn sombrero lleno de plumas de diuersas colores, con estas venia otras personas de diferentes trages y rostros. Todo lo qual vislo de improuiso en alguna manera aborotó a don Quixote, y puso miedo en el coraçon de Sancho, mas luego se alegró don Quixote, creyendo, q̄ se le ofrecia alguna nueva y peligrosa auentura, y cõ este p̄samiẽto y cõ animo dispuesto de acometer qualquier peligro, se puso delãte de la carreta, y cõ voz alta y amenaza, dize: Carretero, cochero, o diablo, ó lo que eres, no tardes en dezirme quien eres, a do vas, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se vsan. A lo qual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió, señor, nosotros somos **recitantes** de la compañía de Angulo el malo, hemos hecho en vn lugar que està de tras de aquella loma esta mañana, que

Segunda parte de don

es la octaua del Corpus, el auto de las cortes de la muerte, y hemosle de hazer esta tarde en aquel lugar que desde aqui se parece, y por estar tan cerca, y escuchar el trabajo de desnudarnos, y boluernos a vestir, nos vamos vestidos cõ los mesmos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de muerte, el otro de Angel. Aquella muger que es la del autor va de Reyna, el otro de soldado, aquel de Empeador, y yo de demonio, y soy vna de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañia los primeros papeles. Si otra cosa v. m. dessea saber de nosotros, preguntemelo, q̃ yo le sabre responder con toda puntualidad, que como soy demonio, todo se me alcanza. Por la fẽ de Cauallero Andante, respondió don Quixote q̃ assi como vi este carro imaginẽ que alguna grande auentura se me ofrecia, y aora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios buena gente, y hazed vuestra fiesta, y mirad, si mandays algo en que pueda seros de prouecho, que lo harẽ cõ buẽ animo, y buẽ talante, porq̃ desde moçacho soy aficionado a la caratula, y en mi mocedad se me yuan los ojos tras la farandula. Estando en estas platicas quiso la suerte que llegasse vno de la compañia, q̃ venia vestido de bogi ganga, con muchos cascabeles, y en la punta de vn palo traia tres bexigas de vaca hinchadas, el qual moarracho llegandose a don Quixote començò a esgrimir el palo, y a sacudir el suelo con las bexigas, y a dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision assi alborotò a rozinante, que sin ser poderoso a detenerle don Quixote tomando el freno entre los dientes dio a correr por el campo, con mas ligereza que jamas prometieron los huesos de su notomia, Sancho, que considerò el peligro en yua su amo de ser derribado, saltò del ruzio, y a todo priesa fue a valerle: pero quando a el llegó, ya estaua en tierra, y junto a el rozinante, que con su amo vino al suelo. Ordinario

ario fin y paradero de las lozanas de rocinante, y de sus atreuimientos. Mas a penas huvo dexado su caualleria Sãcho por acudir a don Quixote, quando el demonio baylador de las bexigas saltò sobre el ruzio, y sacudiendole cõ ellas, el miedo, y ruydo, mas que el dolor de los golpes le hizo volar por la campaña, hãzia el lugar donde yua a hazer la fiesta. Miraua Sancho la carrera de su ruzio, y la cayda de su amo, y no sabia a qual de las dos necesidades acudiria primero. Pero en efecto como buen escudero, y como buen criado, pudo mas con el amor de su señor, que el cariño de su jumento. Puesto que cada vez que veia levantar las bexigas en el ayre, y caer sobre las ancas de su ruzio, eran para el tartagos y susos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran à el en las niñas de los ojos que en el mas minimo pelo de la cola de su ruzio. Con esta perplexa tribulacion llegò donde estaua don Quixote harto mas mal trecho de lo q̃ el quisiera, y ayudandole a subir sobre rocinante, le dixo: Señor el diablo se ha llevado al ruzio. Que diablo preguntò don Quixote, El de las bexigas, respondió Sancho: Pues yo le cobrare replicò don Quixote, si bien se encerrasse con el en los mas hondos y escuros calabozos del infierno. Siguieme Sancho q̃ la carreta va despacio, y con las mulas della satisfare la perdida del ruzio. No ay para q̃ hazer essa diligẽcia señor, respondió Sancho, v. m. temple su colera, que segun me parece, ya el diablo ha llevado el ruzio, y buelue a la querencia, y assi era la verdad, porque auiendo caydo el diablo con el ruzio, por imitar a don Quixote, y a rocinante, el diablo se fue a pie al pueblo, y el jumento se boluio a su amo. Con todo esso dixo don Quixote, sera bien castigar el descomedimiento de aq̃l demonio en alguno de los de la carreta, aunq̃ sea el mesmo Emperador. Quitesele a v. m. esso de la imaginacion, replicò Sancho, y tome mi consejo, que es, que nunca se tome con farfantes, que es gente favorecida

Segunda parte de don

cida. **Recitante** he visto yo estar preso por dos muertes y salir libre, y sin costas. Sepa vuestra merced, que como son gentes alegres y de plazer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan, y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías Reales, y de titulo que todos, o los mas en sus trages y compostura parecen vnos Principes. Pues con todo respondió don Quixote, no se me ha de yr el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el genero humano, y diziendo esto boluio a la carreta, que ya estaua bien cerca del pueblo, yna dando voces, diziendo: Deteneos, esperad, turba alegre y regozijada, que os quiero dar a entender como se han de tratar los jumentos, y alimañas que sirven de caualleria a los escuderos de los Caualleros Andantes. Tan altos eran los gritos de don Quixote, que los oyeron, y entendieron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intencion del que las dezia, en vn instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el djablo carretero, y el Angel, sin quedar se la Reyna, ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras, y se pusieron en ala, esperando recibir a don Quixote en las puntas de sus guijarros. Don Quixote que los vio puestos en tã gallardo esquadron, los braços lenantados con ademan de despedir poderosamente las piedras, detiuo las riendas a rozinante, y puso se a pensar de que modo los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detiuo llegó Sancho, y viendole en talle de acometer al bien formado esquadron, le dixo: Afaz de locura sería intentar tal empresa, considere vuestra merced, señor mio, que para sopa de arroyo, y riente bonete no ay arma defensiua en el mundo, sino es embustirse y encertarse en vna campana de bronze, y tambien se ha de considerar, que es mas temeridad que valentia, acometer vn hombre solo a vn exercito donde está la muerte, y pelean en persona Emperadores, y a quien ayu-
dan

dan los buenos y los malos Angeles, y si esta consideraci6n no le mueve a estarse quedo, mueuale saber de cierto, que entre todos los que alli estan, aunque parecen Reyes, Principes, y Emperadores, no ay ningũ Cavallero Andante. A ora si, dixo don Quixote, has dado Sãcho en el punto q̄ puede, y deve mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo, ni deuo sacar la espada, como otras vezes muchas te he dicho, contra quiẽ no fuere armado Cavallero. A ti Sãcho toca, si quieres tomar la vengança del agraviõ que a tu ruzio se le ha hecho, que yo desde aqui te ayudarẽ con voces, y aduertimiẽtos saludables. No ay para que señor, respondiõ Sancho, tomar vengança de nadie, pues no es de buenos Christianos, tomarla de los agraviõs, quanto mas que yo acabarẽ con mi afno, que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la qual es de viuir pacificamente los dias que los cielos me dieren de vida. Pues essa es tu determinacion, replicõ don Quixote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho Christiano, y Sancho sincero, dexemos estas fantãmas, y boluamos a buscar mejores, y mäs calificadas auenturas, que yo veo esta tierra de ralle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Boluio las riendas luego, Sancho fue a tomar su ruzio, la muerte con todo su esquadron bolante boluieron a su carreta, y prosiguieron su viage, y este felice fin tuuo la temerosa auentura de la carreta de la muerte, gracias sean dadas al saludable consejo q̄ Sancho Pança dio a su amo, al qual el dia siguiente le sucedio otra con vn enamorado, y Andante Cavallero, de no menos suspension que la passada.

(r̄r̄)

de la Cabecera

SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO CAVALLERO DON QVIXOTE DE LA MANCHA.

Por Miguel de Cervantes Saavedra, autor de su primera parte
Dirigida a don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade, y de Villalva, Marques de Sarrin, General
Comandante de la Comara de su Magestad, Comendador de la
Encomienda de Peñafiel, y la Zarca de la Orden de Alcantara, Virrey, Governador, y Capitan General
del Reyno de Napoles, y Presidente del supremo Consejo de Italia.

Año



1615

CON PRIVILEGIO.

En Madrid, Por Juan de la Cuesta.

Se vende en casa de Francisco de Robles, librero del Rey M.S.